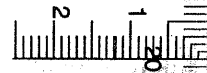
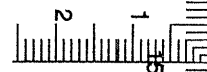
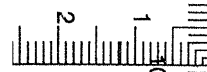
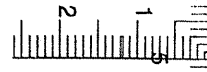


400840
MADE IN SPAIN



La ciudad necesita de
todos nuestros cuidados



DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1999-2000

JOSÉ LUIS GÓMEZ ORDÓÑEZ

La ciudad necesita de
todos nuestros cuidados



DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1999-2000

La ciudad necesita de
todos nuestros cuidados

JOSÉ LUIS GÓMEZ ORDÓÑEZ

| | |
|--------------------------|--------|
| BIBLIOTECA UNIVERSITARIA | |
| GRANADA | |
| N.º Documento | 647651 |
| N.º Copia | 647630 |

La ciudad necesita de
todos nuestros cuidados



UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1999-2000

EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA
EXCMO. SR. RECTOR MAGNÍFICO
CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EXCMAS. E ILMAS. AUTORIDADES
SEÑORAS Y SEÑORES

La acción de construir

La eternidad de este lugar nos convida a no ser cortos de palabras. Su duración infinita está obligada a no ser o a contener todos los discursos posibles, tanto los verdaderos como los falsos. Así pues, puedo hablar sin ningún miedo de equivocarme porque si ahora me equivoco después diré verdades; y si ahora digo lo justo, dentro de un momento erraré.

Estas palabras las tomo prestadas de Paul Valery que simula un diálogo platónico entre Fedro y Sócrates, en 1921, que titula “Eupalinos o el arquitecto” en el que explica el significado y la naturaleza de la tarea de construir. Eupalinos se hizo famoso en la antigüedad por la construcción del acueducto de Samos y una de las páginas más hermosas de este diálogo valeriano es el que se refiere a la construcción de un puerto; ¡qué claridad la de los puertos, para el espíritu!, exclama Sócrates, refiriéndose a la colocación en el agua de grandes bloques de piedra que consiguen romper el oleaje

© JOSÉ LUIS GÓMEZ ORDÓÑEZ.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
LA CIUDAD NECESITA DE TODOS NUESTROS CUIDADOS.
LECCIÓN INAUGURAL. APERTURA CURSO ACADÉMICO 1999-2000.
Edita: Secretaría General de la Universidad de Granada.
Imprime: Gráficas La Madraza.

Printed in Spain

Impreso en España

y permitir el abrigo de las embarcaciones, transmitiendo así una admiración por la intervención del hombre en la naturaleza, que debería ser continuamente renovada pues, sin ella, no se puede avanzar en la búsqueda de la armonía entre lo natural y lo construido.

Se comprenderá por qué representando hoy a la Escuela de Arquitectura, desde mi condición de ingeniero, he pensado iniciar esta lección, amparado en la imagen de Eupalinos suscitada por Valery, una imagen que precisa y exalta la naturaleza del acto constructor que es el que en esta asamblea universitaria caracteriza a arquitectos e ingenieros, oficios que hoy me van a interesar en lo que tienen de común, aunque cada vez estén más extrañados.

Un primer apunte polémico que interesa en este acto es la diferencia que Valery pone en boca de Sócrates entre construir y saber; el acto de construir necesita de la reflexión, del proyecto, pero es un pensar parcial. El hombre que construye no contempla sino la finalidad que persigue y por tanto no tiene necesidad de un conocimiento global de la naturaleza, ese que caracteriza al filósofo, sino de una parte de aquel conocimiento: el necesario para la acción....Para el Sócrates de Valery nos cabe elegir entre ser hombres o espíritus. El hombre sólo es capaz de actuar porque puede ignorar y satisfacerse sólo con una pequeña parte de aquel conocimiento que es su rareza particular.

Si algo caracteriza a esta institución universitaria es la heterogeneidad de saberes y puntos de vista que cultiva. Cada uno de ellos, en sí mismo, es vigoroso y contiene un potencial explicativo del mundo que nos rodea y es capaz, por ello, de contribuir al progreso del hombre.

Pero, quizás ninguno de estos saberes o disciplinas ha formulado –como lo hizo el movimiento moderno, con su

propósito titánico de expresar el espíritu de nuestro siglo XX–, tan claramente como la arquitectura, su compromiso con su objeto desde su voluntad de renuncia a todo saber que no vaya encaminado a esa finalidad de construir. Represión o contención cuya energía embalsada le permite aspirar a ocupar un lugar destacado entre todas de las artes y a autoimponer con el máximo rigor, unas condiciones muy severas al acto de construir.

La arquitectura, la más completa de las artes – dice Fedro en este diálogo– exige que las creaciones del hombre estén hechas a la vez en armonía con su cuerpo, principio de utilidad, en armonía con el alma, y esta armonía que el hombre persigue se denomina belleza, y en lucha con el destino efímero con que las amenazan los movimientos de la naturaleza, buscando pues la solidez o la duración.

Eupalinos, según éste diálogo, era un hombre todo él orden. No descuidaba nada. Mandaba colocar listones de madera a lo largo del muro donde se apoyan las vigas para que impidiesen crecer la humedad entre las fibras de la madera evitando así su pudrición....Conocía todas las piedras. Velaba porque fuesen talladas exactamente; estudiaba con cuidado todos los sistemas conocidos para evitar que las aristas se rompiesen y para cuidar la limpieza de las juntas. Ordenaba cortar y biselar el mármol de los paramentos...Le caracterizaba el dominio de la técnica, de los principios científicos aplicados a la acción constructiva; pero, añade Valery, todas estas delicadezas, orientadas hacia la solidez del edificio, no eran nada al lado de las que desplegaba para forjar las emociones y las vibraciones del alma del futuro contemplador de su obra.

Forjar emociones y vibraciones del alma...Un objetivo, desde luego, con frecuencia excesiva, olvidado por el archi-

tecto, cuando sucumbe ante los obstáculos que suponen las fuerzas que en la sociedad desprecian los valores del arte ó los confinan en los museos para que allí, sólo ocasionalmente, distraigan la atención del espíritu del hombre, permanentemente ocupado en su progreso económico. Atendamos a esta exigencia de suscitar emociones sin la cual no puede entenderse la arquitectura. Pero, por otra parte, ¿no debe ser ésta también una condición de la tarea universitaria?. Me parece que esa inicial rareza del constructor, esa manifestada oposición al filósofo, esas diferencias entre nuestros respectivos conocimientos, sus rarezas o especificidades, encuentran una armonía cuando nos sentimos universitarios y cuando el objetivo de construir, en nosotros mismos y en nuestros jóvenes alumnos, el carácter de la pasión por el conocimiento, es decir, por el progreso del hombre, pasa a ser nuestro rasgo de identidad común.

Y si como ingeniero y urbanista, amante de la Arquitectura, me dispongo a glosar, muy sumariamente, el arte y la ciencia de construir ciudades, como universitario voy a exhortar a esta Asamblea a su cuidado. Porque si de la Universidad, hoy representada en esta Asamblea, incluso en sus relaciones con los poderes públicos y con la sociedad, podemos elaborar idealmente alguna analogía estimulante, ninguna encontraremos mejor que la de la ciudad, como espacio de diálogo complejo, históricamente formado, en el que se edifican los saberes que pueden suponer fuerzas capaces de contribuir a la transformación de la sociedad.

La ciudad, construcción eficiente, bella y segura

Los principios de la arquitectura se extienden a la construcción de ciudades y permanecen y se renuevan en la his-

toria a través de manuales y prácticas. Así, los principios renacentistas conservan de la antigüedad clásica el sentido de la medida y del orden, pero innovan profundamente sus postulados; fijémonos, por ejemplo, en las plazas, ese tan característico lugar de encuentro y de diálogo en las ciudades: aún se harán plazas mayores en el siglo XIX en España, esos espléndidos recintos porticados en los que muy frecuentemente se puede leer la proporción vitrubiana, 2x3, de sus medidas, pero, en esta época, constituyen transformaciones de la ciudad orientadas a la valoración de los suelos desmortizados, bien lejanas en su significado al proyecto de la centralidad colonizadora de las Leyes de Indias o a la construcción de la focalidad supuesta por las plazas erigidas en exaltación del monarca ilustrado a cuya honra y en torno a cuya estatua se disponen.

Así también, en la consideración de las grandes vías españolas de principios del siglo XX se suele recordar la influencia del París del XIX, cuando construye el espacio para la burguesía de su época y da forma al negocio urbano, pero también habría que reconocer analogías formales y topológicas con los Campos Eliseos del propio París de los siglos XVII y XVIII o con las stradas romanas trazadas por los pontífices italianos a lo largo del XV y el XVI, en ambos casos construyendo en la ciudad unas trazas que permiten entender, desde ellas, el espacio urbano en su totalidad.

Igualmente, los trazados regulares en retícula ortogonal se reconocen en la antigüedad griega, en las fundaciones romanas, en la extensa e intensa fundación de ciudades en la Edad Media, en las extensiones barrocas, en toda la colonización americana del sur y del norte, en los ensanches mediterráneos del XIX y en algunas experiencias notables de planificación del siglo XX. Pero, ¡ qué diferentes los sig-

nificados económicos y sociales de esos actos constructores que una mirada superficial podría confundir como idénticos!

Esos tres ejemplos, las plazas, los grandes ejes viarios y las retículas nos pueden servir para entender como el trazado y la construcción de las ciudades es, pues, un arte y una ciencia, que a partir de unos pocos elementos muy simples (edificios, plazas, calles, parques ...) ha afrontado la tarea de construir el marco físico de la vida social a lo largo de toda la historia, con el compromiso de adecuarlo a su tiempo y a su época, y de que tal espacio sea confortable y capaz de expresar los valores dominantes de cada cultura. De manera análoga a como unas pocas letras se mantienen, a lo largo de los siglos, dando lugar a lenguas diversas y produciendo literaturas y géneros múltiples, así la construcción de ciudades maneja los materiales, no muchos, acumulados por el saber urbanístico y modifica su tratamiento para expresar en cada momento, en la forma de la ciudad, el espíritu de su época.

Nunca se enfatizará de manera suficiente cuan importante es este asunto de la forma urbana que muchos tienen por banal y poco relacionado con cuestiones prácticas. No puedo aquí desarrollar este tema que es el objeto del Urbanismo. Alabaré, en este punto, uno de los mejores libros escritos acerca de las ciudades, "Las ciudades invisibles", de Italo Calvino, en el cual Marco Polo sostiene bellísimos diálogos con el Gran Kan sobre la estructura de muchas ciudades lejanas en las que, en buena medida, se discurre sobre la forma de la ciudad, como expresión de los miedos y las esperanzas de los hombres, como expresión de las relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos de su pasado, como análoga con la forma de las líneas

de la mano, conteniendo su pasado en los ángulos de las calles y en los rasguños de los pasamanos de sus escaleras, como una partitura musical formada por la sucesión de las calles y de las casas a lo largo de las calles, y de las puertas y de las ventanas en las casas, partitura tal que los hombres más sabios del mundo son los que la tienen en su cabeza. Tan importante es esta cuestión de la forma, que para Calvino todas las ciudades del mundo se pueden clasificar en dos especies : las que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos y aquellas en las que los deseos o bien logran borrar la ciudad o son borrados por ella. He acudido como argumento de autoridad a la literatura poética sobre la ciudad pero podría darse sobre este asunto de la trascendencia de la forma urbana una argumentación, en términos científicos, no tan bella, pero igualmente consistente. Subrayemos que el proyecto de la forma urbana implica el diseño de relaciones espaciales pero supone igualmente un entendimiento singular del tiempo, del pasado, del presente y del futuro.

Pues bien, en la construcción de esta forma, ha habido momentos en que se han enfatizado cualidades como la seguridad y la comodidad, la eficiente circulación, la correcta evacuación de las aguas de lluvia, las buenas condiciones higiénicas; éstos serían los principios de un urbanismo razonable, funcional, que se inicia con la Ilustración y que tiene su máxima expresión, en nuestro siglo XX, con el movimiento moderno. En otras ocasiones, han sido la belleza y el arte los que han predominado en la construcción — a veces sólo en el proyecto — de nuestras ciudades, relacionando esta condición artística a su capacidad expresiva de valores cívicos; tal capacidad se ha atribuido por muchos tratadistas a las formas orgánicas, a la imitación de la natu-

raleza y de los seres vivos, organismos que expresan en su forma su funcionamiento interno y su finalidad resultando así el atributo orgánico expresivo, a la vez, de las cualidades de eficiencia y belleza. También el estallido de la modernidad, al identificar el arte con la abstracción, con lo inanimado, sublima el principio de la belleza en la construcción de las ciudades como inseparable de lo útil y cómodo. En verdad, nunca han podido separarse de manera rotunda los componentes artísticos y científico-técnicos en la construcción de las ciudades, por más que las querellas entre antiguos y modernos o entre ingenieros y arquitectos hayan podido aparentarlo. Hay, efectivamente, en el entendimiento de la ciudad, un oleaje de superficie, cuya cresta funcionalista va siendo ocupada por Blondel y Pierre Patte en el siglo XVIII, por Cerdá a mitad del XIX, por Baumeister y Stüben en el umbral del XX, por Otto Wagner, a principios del XX, — que pone su proyecto ganador en el concurso para la gran Viena bajo el lema *Artis sola domina necessitas*, la necesidad es la única dueña del arte— y, en fin por los racionalistas del movimiento internacional; y hay, al mismo tiempo, un oleaje profundo, una agitación vertical de ansia de belleza y de armonía que arranca de la quietud de las plazas londinenses del XVII, de los parques de Olmsted, surgidos del romanticismo norteamericano, del tratado “La construcción de ciudades según principios artísticos” del arquitecto vienés Camilo Sitte, de las grandes arquitecturas urbanas en la ciudad de L. Kahn o A. Rossi.... Permanente dialéctica entre la forma platónica y el contenido aristotélico, entre sentimiento y razón, entre pasión y conocimiento tal que, en su concierto, en el aprovechamiento de esta tensión, radica la tarea creativa del hombre; y la energía que ocasiona ese oleaje, superficial y profundo, en el que coexisten esos principios de utili-

dad y belleza, es el sentimiento cívico del hombre, su naturaleza social y política.

La ciudad como conflicto y como esperanza

Al hablar de la ciudad como compleja condensación de los mas altos valores cívicos, alguien podría argüir , con poderosas razones para avalarlo, que sentimientos e inteligencias refinadas han estado en contra de la ciudad. Un hermoso libro de Morton y Lucía White , recorre este pensamiento antiurbano, muy profundo en el ámbito norteamericano, donde el crecimiento vertiginoso de las ciudades ha supuesto grandes conflictos, que han generado exaltaciones de la naturaleza frente a la ciudad, desde Jefferson a Frank Lloyd Wright , pasando por los naturalistas románticos como Emerson, Withman ó Thoreau, los apóstoles del sentimiento comunitario y de las relaciones de vecindad como Park ó Dewey, escritores como H. James y estudiosos de la ciudad como L. Mumford.

El sentimiento antiurbano debe reconocerse, sin embargo derivado del sentimiento de zozobra de ciertos valores humanos básicos como son el derecho a la educación y al acceso a la cultura, el sentido democrático y la valoración de la individualidad y de su percepción de que la ciudad estaba dejando de ser un marco capaz para la discusión con los otros, para aprender de ellos y persuadirles mediante la inteligencia, para vivir con los otros, en el sentido más profundo de la palabra. En efecto, el antiurbanismo surge del deseo de satisfacción de esos valores , cada vez menos realizable por mayor número de personas en las grandes metrópolis emergentes en los primeros años del siglo XX. Y,

precisamente por ello, hay que reconocer en este sentimiento antiurbano la capacidad creadora de alguno de los principios teórico— prácticos más influyentes en el urbanismo moderno: el de naturalizar la ciudad , — ruralizar la ciudad, urbanizar el campo, proponía I. Cerdá en su teoría General de la Urbanización —, el de que no hay ciudad sin amplias zonas verdes , grandes parques y periferias de tranquila residencia.

Una mirada a nuestro siglo XX. El proceso de urbanización

Miremos con mayor atención al siglo que acaba. Pudiera decirse que ha constituido un período de la historia de la humanidad en que se han visto satisfechas grandes esperanzas de progreso y al mismo tiempo se han sufrido las mayores catástrofes en cuanto a guerras , epidemias , desigualdad y pobreza.

El filósofo R. Argullol lo caracteriza atribuyéndole a dos grandes hombres , Nietzche y Kafka , un papel profético sobre la visión de nuestro mundo , respectivamente, para la primera y para la segunda mitad de este siglo. Nietzche nos ayudaría a entender el ritmo frenético de su comienzo con la aparición de la modernidad y Kafka resultaría lúcido intérprete anticipador de la indolencia y el tiempo lento de su final, con el hombre atrapado, fragmentado y sólo frente a la máquina social que le es ajena .

Nos interesa, en esta lectura, entender el siglo XX como el tiempo de la urbanización y a ello atenderemos enseguida. Pero en una reflexión universitaria conviene encajarlo, previamente, como el siglo de un extraordinario progreso científico—técnico; progreso que había comenzado su ace-

leración en el siglo anterior, tras su nacimiento, como fuerza importante en la sociedad, relativamente reciente, — suele datarse con Galileo, en 1600, el inicio de esta nueva era —, si lo comparamos con el espesor del arte o de la religión. Hitos singulares de este siglo de la ciencia serían la electricidad, la relatividad, la mecánica cuántica, la inteligencia artificial, la física de lo infinitamente pequeño y del cosmos, la genética...y, sobre todo, lo que todo ello significa, profundamente, para la mente humana, el triunfo de la abstracción y de la indeterminación. Este desarrollo tiende, en palabras de B. Russell, a quien podríamos entender como vigía científico privilegiado en la mitad del siglo, a otorgar inmenso poder a través del proceso de proporcionar creciente conocimiento. Y aceptando que el progreso del conocimiento no puede ser discutido, el problema es el del uso y la ubicación del poder que confiere. El propio Russell nos ayuda, a este respecto, a adoptar una posición de esperanza en el futuro basada en que “ los poderes que la ciencia ha dado al hombre sean manejados sin peligro (cito textualmente de “La perspectiva científica” 1949) por aquellos que, bien por el estudio de la historia, o por su propia experiencia de la vida, hayan adquirido alguna reverencia por los sentimientos humanos y alguna ternura por las emociones que dan colorido a la existencia cotidiana de hombres y mujeres.... No parece que el poder se haya encaminado por esta senda pero dejemos constancia de que, también en el campo científico—técnico, uno de nuestros grandes hombres del s.XX pide atención y cuidados para la síntesis de razón y sentimiento. También hemos de destacar como los temores, expresados por hombres como Lewis Mumford a principios de siglo, acerca de los riesgos de una tecnología deshumanizada y no sujeta a control democrático, que se



han visto desgraciadamente confirmados con las grandes catástrofes bélicas y ecológicas del siglo XX, han impulsado en su último tercio una grandísima movilización en defensa de la naturaleza al igual que había sucedido a finales del XIX como reacción a la industrialización.

En el ámbito social, la sociedad industrial —que algunos territorios como el nuestro apenas han vislumbrado— ha dejado paso a esta sociedad que algunos llaman de la información y que consideran en tránsito a la de la cultura, y en la que otros enfatizan su hipérbole del consumo, tanto el de satisfacción de las necesidades absolutas, vitales, como el de aquellas necesidades que Keynes denominaba de segunda clase, que son las que expresan el deseo de cada individuo de mostrarse superior a sus conciudadanos, el de poseer bienes que revelan el gusto y la distinción del propietario y que, a diferencia de las primeras, son insaciables. En esta sociedad desaparecen los valores de la comunidad y la familia y sólo hay sitio para esperanzas y miedos individuales, planteando el enigma de su articulación colectiva y plural.

En lo que concierne a las ciudades, el s.XX ha visto acelerado el proceso de concentración y de crecimiento poblacional que comenzó en el s.XVIII. Tal proceso de urbanización, generado por la industrialización, y mantenido en nuestro siglo por la concentración de los servicios, por el dominio de las industrias orientadas a la producción de bienes de consumo masivo y por las migraciones generadas por la esperanza de salir de la miseria rural, está concentrando en las ciudades, cada vez en mayor medida, tanto en el mundo desarrollado como, especialmente en el no desarrollado, una proporción creciente de la población del mundo, población que se dobla cada 35 años en los dos últimos siglos, habiendo pasado de 1.000 millones en 1900 a los

6.000 de hoy. Y si en 1900 sólo el 5% de aquellos 1.000 millones vivía en ciudades de más de 20.000 habitantes, hoy en estas ciudades viven la mitad de esos 6.000 millones de seres humanos que habitan el planeta.

Pero miremos más cerca de nosotros; empezamos el siglo en Andalucía, en el marco de una economía agraria, con nuestras ciudades capitales desindustrializadas, en términos relativos y simplificadores, con la misma población del Siglo de Oro. Para alcanzar nuevamente la población del 600, incluso tuvo que darse un ligero crecimiento en la segunda mitad del XIX. Así, Granada, que tenía 70.000 habitantes en 1.490 tiene 75.000 en 1.900, Sevilla, que estaba en 100.000 en 1.600, en 1.900 está en 145.000, Málaga también tiene sólo 130.000 en el novecientos.....En aquel comienzo de siglo, Andalucía tenía altas tasas de natalidad y mortalidad y ello permite que, en el transcurso del siglo, al disminuir la mortalidad mucho más deprisa que la natalidad, experimente un grandísimo crecimiento poblacional, aumentando, en los primeros 60 años de este siglo, en más de 2 millones de habitantes su población inicial de 3 millones y medio.

Entre la dramática y forzada emigración y la fuerte caída de la natalidad, Andalucía llega al s. XXI con 7.2 millones de habitantes, pero con un horizonte demográfico desesperanzador porque si la población es la mayor riqueza de un país y su dinámica positiva un importante motor para el progreso, estamos lejos de disponer de estas ventajas, ya que Andalucía está en este momento muy lejos de cubrir siquiera lo que en demografía se llama el reemplazo generacional, al presentar una tasa de fecundidad general que no llega al 5%. Son tan conocidas como poco tenidas en consideración las circunstancias de esta sangría poblacional:

en Andalucía se han visto obligados a emigrar más de dos millones de personas a lo largo de este siglo, de ellos 1.5 millones entre los años 60 y 75. La provincia de Granada ha contribuido a ese flujo con medio millón de hombres, de forma que sólo entre los años 60 y 70 salieron de la provincia más gente que la que vivía en la ciudad capital en ese momento.

Andalucía prestó así su contribución al desarrollo estatal sin que eso le haya servido mucho para disminuir su tasa de desempleo que, según datos del 96, afectaba a un tercio de su población activa, el doble de la tasa estatal. Una buena pregunta para los que gusten de las ucronías sería la de conocer nuestra situación de contar hoy con los previsibles 11 millones de habitantes que albergaría Andalucía de no haberse marchado aquellos dos millones.

Esta atención a la población andaluza me lleva a dejar planteada, de paso, una cuestión importante que es la de si no sufrimos una cierta “anestesia”, usando un término de Alfred Sauvy, en nuestro horizonte demográfico, que antes he calificado de desesperanzado, si no adolecemos de una cierta carencia de vigor para afrontar los cambios que han de plantearse las sociedades para seguir un camino de progreso.

Estatismo demográfico que no impide, sin embargo, que el proceso de urbanización prosiga. En este final de siglo tenemos en Andalucía casi 100 ciudades por encima de 15.000 habitantes en las que viven cinco millones de habitantes— la mitad de ellos en las diez mayores que superan los 100.000 habitantes—, cuando en las 28 ciudades de ese tamaño que había en 1900 apenas vivía un millón de personas. Este crecimiento urbano en el marco de una gran emigración, significa el vaciado brusco del mundo rural, vi-

viendo hoy en nuestros pueblos menores de 15.000 habitantes menos población de la que albergaban a principios de siglo, absorbiendo las periferias metropolitanas, el territorio litoral y las constelaciones de ciudades medias aquella población del territorio que se vacía.

La construcción material de la ciudad

Y bien, ¿qué atención prestamos a estas ciudades, sin duda nuestra mayor riqueza, la habitación donde se va concentrando la población del país y el más importante manantial de donde puede brotar el caudal regenerador de nuestra sociedad?. George Simmel hablaba en su “Metropolis and mental life” de la ciudad como un estado de ánimo y Bergson del alma de las ciudades. En estos términos cabría plantearse la cuestión de cuál es el estado anímico de nuestras ciudades, cuáles sus fuerzas colectivas e integradoras, su vigor público, su sentimiento de comunidad, su energía sobrante, una vez deducida la supuesta por la suma de los intereses individuales.

Si atendemos a la ciudad como artefacto, como estructura física construida, podría diagnosticarse con seguridad que, en general, las ciudades han experimentado, con un desfase temporal respecto al incremento poblacional, un grandísimo crecimiento físico, sobre todo en la segunda mitad de este siglo, sin que se haya producido un refuerzo de su infraestructura; se trata de un fenómeno análogo al de un organismo que aumentara su masa sin que sus músculos, su esqueleto y sus nervios progresaran. Nos hemos apoyado en una acumulación histórica de capital fijo que se había ido efectuando desde el XVIII, por limitarnos a la época con-

temporánea, construyendo paseos, plazas, calles importantes, alcantarillado, pavimentación, edificios públicos..., y hemos convertido en rentas del suelo lo que en realidad han sido réditos de ese capital y una parte de los salarios del trabajo acumulado en las ciudades. Nos encontramos hoy, seguramente, con que hemos ido aprovechando los altísimos rendimientos del interés compuesto, proporcionados por la ciudad durante un largo período, para nuestro progreso económico general, pero a costa de ir empobreciendo ese recurso que es la riqueza de nuestro medio ambiente urbano.

Me parece, a estos efectos, muy aleccionadora, una relectura actual del "Progreso y pobreza" de H. George, que tan fértil fuese para el pensamiento regeneracionista, especialmente en Andalucía, porque ayuda a comprender cómo la acumulación de capital en las ciudades se resuelve, para algunas zonas, en términos de desigualdad y pobreza. Economistas y sociólogos actuales lo expresan en nuevos términos: el avance del capitalismo, representado por el fordismo en la primera mitad del s.XX, caracterizado por la acumulación de bienes a través de la producción masiva y seriada, se orienta en su segunda mitad hacia la producción de capital simbólico (Bourdieu, *Outline of a theory of practice*, Cambridge U.P, 1977) que es la colección de bienes de lujo, a los que ya hemos aludido anteriormente como orientados a satisfacer las necesidades de segunda clase, en oposición a las necesidades absolutas, cuya satisfacción, para toda la humanidad, gracias al progreso económico, permitirían, en palabras de Keynes, que el hombre dedicase su energía sobrante a objetivos más elevados que el económico de la subsistencia tales como el uso de la libertad y el tiempo libre. Propondría también, a este respecto, una relectura del bellissimo – y coetáneo al de George– "Noticias de ninguna

parte" de William Morris, en el que se sueña, a finales del XIX, con un Londres ideal del siglo XXI en el que se describen la organización y los valores de una sociedad en la que ya es innecesaria la lucha por el desarrollo económico.

Pues bien, la ciudad está jugando un papel muy importante en ese proceso de acumulación, que David Harvey denomina "flexible" (*Flexible accumulation through urbanization*, Perspecta, 26, Yale y *The colonization of capital*.Oxford, 1985) :la ciudad es no sólo el ámbito del estímulo del consumo de las necesidades de lujo sino, en sí misma, un producto estratificado para que todos los grupos sociales exageren su sentimiento de insatisfacción: la ciudad se construye, así, en base a iconos de prestigio, a operaciones de exageración de las rentas diferenciales, de multiplicación banal de los lugares de centralidad, confundiendo centralidad y comercio, y se usa por el ciudadano de manera discontinua, sólo en lugares selectivos e ignorando las conexiones y las señales intermedias de su itinerario.

Esta orientación de la ciudad, ha limitado sobremanera, la producción de aquellos aspectos que conciernen a lo que serían, en términos urbanísticos, las necesidades absolutas de hombre, las que hasta ahora habían constituido los objetivos del urbanismo reformista que se abre paso en el siglo XIX y por los que el movimiento moderno lanzó en vano su cruzada: la vivienda digna e higiénica para todos, servicios públicos adecuados, circulación eficiente..., todo ello, como se ha señalado, construido con sencillez y decoro. Ciertamente, la ciudad de la individualidad extrema de este final de siglo ha ocupado el lugar de la ciudad como ámbito de la comunidad soñado a su comienzo.

Por eso, la ciudad fragmentada e insolidaria de hoy, podría entenderse como el escenario kafkiano antes evocado;

como el hombre, enredado sin esperanza en un entramado burocrático sin sentido aparente, nuestras ciudades parecen estar también atrapadas en una maraña de prácticas técnicas y normas jurídicas que, inventadas para evitar abusos, están consagrando como urbanismo un territorio intelectual y técnico estéril de ideas y de proyectos, sin el vigor de una auténtica participación pública cada vez más devaluada en el ánimo de administradores y políticos. Cabría dolerse respecto a la pérdida de este sentido comunitario de participación en los asuntos de la ciudad, como lo hacía, respecto a la familia, la brechtiana Madre Coraje de “Las uvas de la ira”, en la versión cinematográfica de John Ford, al percibir y sufrir los cambios en las relaciones sociales y en las formas de producción exigidos por la acumulación de capital en el sector agrario, en la América de la Gran Depresión : “...Nos están rompiendo....La familia ya no está unida...”.

Un empeño colectivo

Bien, son los hechos. Es nuestra época. No hay que lamentarse y añorar un pasado que, para muchos, no fue mejor. Veamos qué podemos hacer.

Puede que haya, y no le faltarían razones, quien piense en la ciudad del futuro como una ciudad de pesadilla, una especie de Babilonia infernal; ésta es la desesperanza del Kublai Kan de Calvino, cuando a su pregunta a Marco Polo sobre los vientos propicios que conducirían a una Nueva Atlántida, hacia Armonía, a Icaria, ... recibe una respuesta enigmática; el último fondeadero no puede ser sino la ciudad infernal, se lamenta Kan; pero, concluye Polo: El in-

fierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos : buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.

Darle espacio a lo que no es infierno. Bien, no podrá negarse que ésta es una hermosa manera de mostrarnos, aún a los más escépticos y desesperanzados, el camino a seguir. Desde esta senda se requeriría que el urbanismo de los arquitectos y de los ingenieros se orientase a la construcción de lugares en nuestras ciudades que constituyan posibilidades para la expresión ,en el futuro, de valores colectivos de progreso; lugares que resistan, y si es posible inviertan, la dinámica de insolidaridad y de desigualdad en la que la ciudad contemporánea está inmersa. La Universidad, en su conjunto, puede contribuir extraordinariamente a la valoración de ese no infierno que es, por ejemplo, el componente artístico en la construcción de nuestras ciudades, exigiendo a la sociedad el respeto al patrimonio histórico acumulado tanto como el derecho y el deber de nuestra generación de hacerlo habitable para el hombre de hoy y contribuir al incremento de este legado para el futuro. No sea que a nuestra ciudad le pase lo que a aquella, tan preocupada por ser recordada, que se sintió obligada a permanecer inmóvil e igual a sí misma por lo que languideció, se deshizo y desapareció hasta el punto de que la Tierra la ha olvidado. Afinemos, pues nuestra sensibilidad, de manera que favorezcamos la emergencia del genio de nuestros mejores jóvenes rompiendo la costra de la inercia y de la intolerancia con proyectos urba-

nos innovadores y anticipadores, favoreciendo las oportunidades, hoy tan escasas, de que se manifieste su talento.

Igualmente esperanzador resultaría el avance de nuestra exigencia colectiva de eficiencia y utilidad en nuestras ciudades; mentalidad a cuya construcción también puede contribuir la comunidad universitaria. Hoy, en que se reclama la sostenibilidad para cualquier desarrollo, también deberíamos pedir el retorno para la ciudad de una parte importante de las ganancias obtenidas en el negocio urbano como capital social que posibilite ulteriores crecimientos. Hubo un momento en que las organizaciones obreras surgieron para la defensa de los salarios; de un fortalecimiento de la organización cívica, de igual forma, cabría esperar la promoción del capital social de la ciudad: esa inversión en infraestructura, es decir, en producción de medios de producción, que ha de constituir una parte, cada vez mayor, del producto global para garantizar el crecimiento autosostenido. Porque, hemos de pensar (de manera análoga a cómo, en sus análisis sobre el desarrollo, observa P. Vilar que los campesinos pobres en la Edad Media disfrutaban de bienes de uso común, de la parte colectiva de la renta global, de las instituciones benéficas, del patrimonio cultural difuso, de los edificios colectivos...) que, en nuestras ciudades de hoy, siendo infinitamente más ricas que las del XVIII, los ciudadanos, en general, tienen una menor dotación de espacio colectivo que entonces.

Cada comunidad debería poder decidir la forma que ese capital social tiene que adoptar y ésta tendría que ser la verdadera tarea de los planes y de los proyectos urbanos; en ocasiones, en que la ciudad tiene una entidad metropolitana, una componente importante de esa renta global podría venir supuesta por una compensación por los elevados cos-

tos de dispersión de residencias y empleos que experimenta la ciudad actual, en forma de un sistema de transporte público rápido y cómodo, como, también, por la disposición de parques públicos cercanos a la residencia, y de lugares adecuados para la fiesta y el tiempo libre; las ciudades no pueden disgregarse, expandirse, consumir suelo fértil y acrecentar las rentas del suelo sin ofrecer contrapartidas confortables al medio natural transformado, sin contabilizar y contrarrestar los costos de los desplazamientos, la fatiga de la movilidad: no se trata de una propuesta de voluntarismo idealista, sino de una invitación a hacer bien las cuentas, a contar esas economías externas y reclamar que entren en los balances. Hoy, en las revitalizadas estaciones de ferrocarril, en los aeropuertos, en los modernos metros y tranvías, tanto como en los museos y en los parques, y en la calidad y el decoro de sus barrios residenciales más comunes, se aprecia el esfuerzo y el civismo de una sociedad urbana, porque esos son los monumentos de nuestra época. Y en la salud y el bienestar humanos, a los que tanto contribuye la calidad del medio ambiente urbano, hemos de ver hoy derechos del individuo como en otros momentos históricos hayan podido suponer la libertad y la igualdad. No echemos la culpa de la fealdad o de la ineficiencia de nuestras ciudades a voraces especuladores: el descuido o la vulgaridad de la forma de las ciudades se enseñorean allá donde escasea el talento o el apoyo social al mismo.

Una última consideración, y con esto termino, que me ha impulsado a invocar el compromiso universitario con la ciudad surge de la reflexión sobre la evolución de nuestra cultura y de la educación en el transcurso del siglo XX.

La gran instancia vigorizadora que supuso la Institución Libre de Enseñanza en el primer tercio del siglo XX (con

alguna similitud con el reformismo ilustrado de finales del XVIII), tuvo uno de sus principios rectores en la atención a las ideas y a las corrientes más avanzadas del pensamiento que se generaban en Europa. Se pretendía alcanzar la excelencia de las instituciones educativas españolas y urgía que nuestros mejores talentos, impulsados por los maestros Giner de los Ríos, Unamuno y Ortega,

Cajal y Cabrera, Américo Castro y Menéndez Pidal, Marañón, D'Ors..., alcanzasen, en sus estudios en Alemania, Inglaterra y Francia, y en el clima de la Residencia de Estudiantes, la sabiduría de los mejores talentos de su época. En ese ambiente me fijaría en la figura de Ortega y Gasset, sólo para evocar un rasgo suyo, el del intelectual "constructor", que he aprendido a través de la lectura de un librito espléndido de Juan Marichal que contiene sus conferencias dictadas en la Colina de los Chopos en el curso 87-88, bajo el título "El intelectual y la Política". Ortega convocaba a los intelectuales —a los que Vds. me van a permitir que, en este momento, identifique con los universitarios aunque no constituyan dolorosa rareza las disonancias que se registran entre ambas categorías— a la construcción de una nación: España, decía Ortega en los años 20, no existe como nación (Unamuno hablaba de Estado), construyamos España, los intelectuales han de ser la fuerza anímica que dé nueva vida al cuerpo de la nación...

Hoy, la Universidad se ha extendido a la mayor parte de las ciudades españolas y acoge a aquellas masas de Ortega, aunque, podría decirse, sin rebeldía. En las implicaciones de este cambio, obviamente, no voy a entrar, pero sí quisiera llamar la atención sobre esta difusión urbana de la Universidad, sobre su influjo en el cuerpo material de las ciudades; en cualquiera de las capitales de provincia españolas y en

muchas ciudades que no lo son, se percibe enseguida, con nitidez, el conjunto de edificios y el área de suelo, compacta o difusa, de los Campus. Este fenómeno, aunque no con tan extensa difusión, se ha experimentado en otros países de nuestro entorno, y, en Francia, por ejemplo, la construcción de universidades ha sido, junto a la construcción de las infraestructuras de transporte, instrumento importante de las políticas de descentralización y equilibrio territorial y la localización de cada campus se ha afrontado como la más relevante cuestión de forma y equilibrio dentro de cada área metropolitana.

Con todas las cautelas precisas, se podrían evocar las imágenes de la ciudad medieval, ámbito de las libertades en el marco histórico feudal, y de las ciudades —estado que preceden a la formación de los Estados modernos, al observar esa descentralización tan extremada del poder cultural en las ciudades actuales, —también con fuerte protagonismo económico—, que emergen como espacios dotados de un alto nivel de complejidad y de autonomía, capaces, por tanto, de constituirse en objeto de importantes acciones cívicas y de alumbrar nuevos resultados en su fecundación por las universidades en ellas enclavadas.

Se habla mucho en la Universidad de investigación y de innovación, pero tengo razones para afirmar que no siempre se está atento, en la medida en que sería necesario, a que estos impulsos incidan sobre— o se deriven desde— el espacio local, sin perder, por ello, la excelencia que se atribuye habitualmente sólo a resultados de carácter global. Es cierto que existe ese riesgo de que el compromiso del saber con un espacio concreto suponga una vulgarización, un contagio por la mediocridad implícita en ámbitos sociales más cerrados e inertes a la innovación. Mediocridad a la que no sería

ajena la exigencia de rentabilidad o de factibilidad inmediatas, sometiendo la elaboración de conocimientos a sistemas de control y valoración impropios y alejados de lo que debe ser una evaluación cultural, crítica, mucho más exigente. Pero ahí está el reto: podría decirse que si la Universidad hoy no es capaz de aplicar su talento e incidir en la transformación de su medio provinciano y local, esta universidad ubicua y masiva puede suponer un grandísimo fraude social.

De manera que una apelación a la construcción armónica de nuestra ciudad, de nuestro territorio, una consideración de los universitarios como la fuerza anímica que dé nueva vida a los territorios locales...podría constituir hoy la transformada del manifiesto orteguiano. Y, frente al viaje a Europa de principios de siglo —que siempre será imprescindible, no quisiera ser mal interpretado—, hoy, en que disponer de información se ha convertido en un asunto banal, en que la hiperinformación dificulta su selección y el propio trabajo de creación, parece que procedería exigirnos como universitarios el gran viaje interior, ese viaje profundo a la realidad más próxima para tratar de recrearla desde una actitud innovadora, desde el espíritu de nuestro tiempo, desde la potenciación de los valores más solidarios y creativos que podamos encontrar en nuestro medio. Volviendo a Russell, recordemos como nos advertía acerca del provincianismo cuando apuntaba a la globalización que apenas apuntaba, en su época: los hombres, decía, han sido, hasta ahora, a menudo, limitados y provincianos en el espacio pero los hombres que dominan en nuestra época —hablaba en los 50— son provincianos en el tiempo. Contra esa mezquindad cultural lucharía ese espacio local reconsiderado: El viaje interior significa captar el espesor temporal de los lugares, en-

tenderlos como sucesión de estratos históricos, como condensación espacial de la historia. De esta comprensión de lo local se deriva su aportación al conocimiento objetivo de los lugares, de un sentimiento, de una intimidad, que no es sino el aroma de tiempos y lugares distantes, siendo la modernidad, el compromiso con el espíritu de la época, cada vez más, el saber restituir a los lugares ese espesor del tiempo a través de los proyectos de transformación que son necesarios en una sociedad continuamente cambiante.

Ya que Europa en este año está conmemorando en Goethe a uno de sus más grandes genios pensemos en su Viaje a Italia como ese gran viaje que los románticos hacen sin salir de sí mismos, nuestro emocionado viaje a Granada, que la ciudad tanto necesita. Cada vez más se le pide a la universidad, por parte de la sociedad, una mayor relación con el mundo real, su implicación con los problemas económicos y sociales. Creo que esta implicación, a la que he exhortado en esta reflexión, de la universidad con la ciudad en la que está implantada, y a través de ella, con las ciudades en general y con los valores de la solidaridad y el orgullo cívico que las ciudades expresan, es posiblemente, el más valioso y legítimo compromiso que la universidad puede tomar con su tiempo y con su entorno.

Me despido de Vds. agradeciéndoles su consideración y dejando resonar en este hermoso edificio unos versos del poema Canto a mi mismo de Walt Whitman :

Esta es la ciudad y yo soy uno de los ciudadanos,
cuanto interesa a los demás me interesa,
la política, las guerras, los mercados, los diarios, las escuelas,
El alcalde y los concejos, los bancos, los impuestos,
Los barcos de vapor, las fábricas, las acciones, los almacenes,
Los solares, las casas y todos los bienes de sus habitantes.

